



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Llamados a ser felices

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 5, 1-12 (4º Domingo del Tiempo Ordinario – Ciclo A – 29 de Enero de 2017)



Hace varios años llegó a mis manos la historia que os transcribo y que quiero proponeros como reflexión para este domingo. La historia dice así:

“Un grupo de vendedores fue a una convención de ventas. Todos le habían prometido a sus esposas que llegarían a tiempo para cenar el viernes por la noche. Sin embargo, la convención terminó un poco tarde, y llegaron retrasados al aeropuerto. Entraron todos con sus boletos y portafolios, corriendo por los pasillos. De repente, y sin quererlo, uno de los vendedores tropezó con una mesa que tenía una canasta de manzanas. Las manzanas salieron volando por todas partes.

Sin detenerse, ni voltear para atrás, los vendedores siguieron corriendo, y apenas alcanzaron a subirse al avión. Todos menos uno. Este se detuvo, respiró hondo, y experimentó un sentimiento de compasión por la dueña del puesto de manzanas.

Regresó a la terminal y se encontró con todas las manzanas tiradas por el suelo. Su sorpresa fue enorme, al darse cuenta de que la dueña del puesto era una niña ciega. La encontró llorando, con enormes lágrimas corriendo por sus mejillas. Tanteaba el piso, tratando, en vano, de recoger las manzanas, mientras la multitud pasaba, vertiginosa, sin detenerse; sin importarle su desdicha.

El hombre se arrodilló con ella, juntó las manzanas, las metió a la canasta y le ayudó a montar el puesto nuevamente. Mientras lo hacía, se dio cuenta que muchas se habían golpeado y estaban magulladas. Las tomó y las puso en otra canasta. Cuando terminó, sacó su cartera y le dijo a la niña: ‘Toma, por favor, estos veinte euros por el daño que hicimos. ¿Estás bien?’ Ella, llorando, asintió con la cabeza. El continuó, diciéndole, ‘Espero no haber arruinado tu día’.

Conforme el vendedor empezó a alejarse, la niña le gritó: ‘Señor...’ Él se detuvo y volteó a mirar esos ojos ciegos. Ella continuó: ‘¿Es usted Jesús...?’ Él se paró en seco y dio varias vueltas, antes de dirigirse a abordar otro vuelo, con esa pregunta

quemándole y vibrando en su alma: ‘¿Es usted Jesús?’... Y a ti, ¿la gente te confunde con Jesús?”

Cuando me preguntan acerca de la misión fundamental de la Iglesia, siento que mi respuesta, lejos de ser una sesuda reflexión teológica, es más intuitiva y surge de la experiencia del encuentro con Jesús que, en el silencio de la oración, va dotando mi vida de un horizonte hondo de sentido que me hace ser feliz y vislumbrar con ilusión el futuro aunque, a veces, las circunstancias del momento sean adversas. Y es que estoy plenamente convencido que el deseo más profundo de Dios para la humanidad es que seamos **felices, bienaventurados, dichosos...**

Jesús y su proyecto, el Reino, son una Buena Noticia con vocación de permear toda la realidad y nuestra misión es, precisamente, comunicarla a “tiempo y a destiempo” para que los hombres y las mujeres se dispongan a recibirla. Nuestra tarea, creo yo, no consiste en ser profetas de calamidades y de juicios sino la de mostrar cómo se puede ser feliz siguiendo a Jesús y asumiendo su causa de liberación y salvación hasta las últimas consecuencias.

Para ser bienaventurado o feliz no creo que se necesiten complicados protocolos que lo demuestren o elaborados cursos en reputadas facultades de Teología. Para ser feliz, en mi humilde opinión, lo fundamental es que nos dejemos tocar tanto por el Espíritu de Jesús en las Bienaventuranzas que, en nuestro modo de ser y proceder, **transparentemos la divinidad** de tal manera que se reconozcan en nosotros los rasgos de Jesús y la encarnación de los valores del evangelio.

No hay cursos para ser felices pero si hay un programa que nos puede poner en camino para hacer de nuestra vida un testimonio del acontecer de Dios en nosotros: vivir **el espíritu de las bienaventuranzas**. El Padre Gustavo Baena, un jesuita colombiano que transparenta la divinidad, nos decía cuando éramos jóvenes que las bienaventuranzas contienen los valores que “construyen seres humanos a la manera de Jesús”: Es un valor ser pobre, es un valor trabajar por la paz, es un valor luchar por la justicia, es un valor sentir dolor por los que sufren, es un valor ser misericordioso, es un valor ser honesto y limpio... Cuando tomamos en serio este texto y, más que una hermosa pieza literaria, lo tomamos como norma de vida estamos muy cerca de ser felices y de vivir a la manera de Jesús.

Vistas así las cosas, a ti, ¿la gente te confunde con Jesús?